



infancia y poesía

6119 000166 576

Era conductor de un tren lastimero. Pocos saben lo que es un tren lastimero. En la región austral, de grandes vendavales, las aguas se llevarían los rieles si no se les echaba piedrecillas entre los durmientes. Hay que sacar en capachos el lastre de las canteras y volcar la piedra menuda en los carros planos. Hace cuarenta años la invasión de un tren de esta clase tenía que ser formidable. Venían de los campos, de los suburbios, de las cárceles. Eran gigantescos y musculosos peones. Los salarios de la empresa eran miserables y no se pedían antecedentes a los que querían trabajar en los trenes lastimeros. Mi padre era el conductor del tren. Se había acostumbrado a mandar y a obedecer. A veces me llevaba con él. Podíamos pisar en flor, corazón silvestre de la frontera, escenario de los terribles combates entre mapuches y araucanos. Es difícil dar una idea de una casa como la mía, casa típica de la frontera, hace sesenta años.

El primer lugar, los domicilios familiares se intercomunicaban. Por el fondo de los patios, los Reyes y los Ortúzaros, los Candías y los Matos se intercambiaban herramientas o libros, tortas de cumpleaños, ungüentos para fricciones, paraguas, mesas y sillas. Estas cosas pueriles cubrían todas las actividades de un pueblo. En esta casa de los Matos había también un salón al que no nos dejaban entrar a los chicos. Nunca supe el verdadero color de los muebles porque estuvieron cubiertos con fundas blancas hasta que se los llevó un incendio. Había allí un álbum con fotografías de la familia. Estas fotos eran más finas y delicadas que las terribles ampliaciones luminosas que invadieron después la frontera.

Atravesaba un retrato de mi madre: una señora vestida de negro, delgada y pensativa. Me han dicho que escribía versos, pero nunca los vi, sino aquel hermoso retrato.

Mi padre se había casado en segundas nupcias con doña Trinidad Candía. Maravilla, en madrastra. Me parece increíble tener que dar este nombre al ángel tutelar de mi infancia. Era diligente y dulce, tenía sentido de humor campesino, una bondad activa e infragible. Apenas llegaba mi padre, ella se transformaba sólo en una sombra suave como todas las mujeres de entonces y de allá.

A la ciudad de Temuco llegó el año 1910. En este año memorable entré al liceo, un vasto caserón con salas desahucadas y subterráneos sombríos. Desde la altura del liceo, en primavera, se divisaba el condellante y diáfano río Cautín, con sus márgenes pobladas por manzanos silvestres. Nos escapábamos de las clases para meter los pies en el agua fría que corría sobre las piedras blancas. Pero el liceo era un terreno de inmensas perspectivas para mis diez años de edad. Todo tenía posibilidad de misterio. El laboratorio de Física, al que no me dejaban entrar, lleno de instrumentos deslumbrantes, de retortas y cubetas. La biblioteca, eternamente cerrada. Los hijos de los prisioneros no gustaban de la subiduría. Sin embargo, el año de mayor fascinación era el subterráneo. Había allí un silencio y una oscuridad muy grandes. Alumbándonos con velas jugábamos a la guerra. Los vencedores atarrababan a los prisioneros a las viejas columnas. Todavía conservo en la memoria el olor a humedad, a sitio escondido, a tumba, que emanaba del



Con la familia en 1907: su hermano Luch, don José del Carmen, la "madrastra" Trinidad y Roberto Reyes

subterráneo del liceo de Temuco. Fui creciendo. Me comenzaron a interesar los libros. En las hazañas de Buffalo Bill, en los viajes de Salgari, se fue extendiendo mi espíritu por las regiones del sueño. Los primeros amores, los purísimos, se desarrollaban en cartas enviadas a Blanca Wilson. Esta muchacha era la hija del herrero y uno de los muchachos, perdido de amor por ella, me pidió que le escribiera sus cartas de amor. No recuerdo cómo serían estas cartas, pero tal vez fueron mis primeras obras literarias, pues, cierta vez, al encontrarme con la covegilla, ésta me preguntó si yo era el autor de las cartas que le llevaba su enamorado. No me atreví a renegar de mis obras y muy turbado le respondí que sí. Entonces me pasó un membrillo que por supuesto no quise comer y guardé como un tesoro. Desplazado así mi compañero en el corazón de la muchacha, continué escribiéndole a ella interminables cartas de amor y recibiendo membrillos. Recuerdo también que una vez, buscando los pequeños objetos y los minúsculos seres de mi mundo en el fondo de mi casa, encontré un agujero en una tabla del cercado. Miré a través del hueco y vi un terreno igual al de mi casa, baldío y silvestre. Me retiré unos pasos porque vagamente supe que iba a pasar algo. De pronto apareció una mano. Era la mano pequeña de un niño de mi edad. Cuando me acerqué ya no estaba la mano y en su lugar había una diminuta oveja blanca. Era una oveja de lana destechada. Las ruedas con que se deslizaba se habían

escapado. Nunca había visto yo una oveja tan linda. Fui a mi casa y volví con un regalo que dió en el mismo sitio: una pila de pino, entreabierta, olorosa y balsámica que yo adoraba. Nunca más vi la mano del niño. Nunca más he vuelto a ver una oveja como aquella. La perdí en un incendio. Y aun ahora, en estos años, cuando paso por una juguetería, miro furtivamente las vitrinas. Pero es inútil. Nunca más se hizo una oveja como aquella.



EL PADRE

El padre brusco. Kuele de sus trenes reconocidos en la noche el pie de la locomotora perforando la lluvia. El viento en una rúga entra con mi padre y entre las dos pisadas y presiones la casa se sacudia, las puertas acuchilladas se golpeaban con seco después de pisadas, las escillas gemían y una olla voló rechinando, hostil, mientras la tempestuosa sombra, la lluvia como catana despenada en los techos ahogaba poco a poco el mundo y no se oía nada más que el viento pelando con la lluvia.

Sin embargo, era dulce. Capitán de su tren, del alba fría, y apenas descorchaba el vaso frío, allí estaba su tibia, sus tendones verdes y rojos, luego los fardes, el carbón de la máquina en su infante. La estación con los trenes en la bruma y su deber hacia la geografía.

El ferrocarril es materno en terra y en los pequeños puertos sin mar -puertos del bosque- el tren corre que corre desentramando la naturaleza, cumpliendo su navegación terrestre. Cuando desamasa elargo tren se juntan los amigos, entran, se abren las puertas de mi infancia, y desfilan el lugar de los ojos del vino.

Mi pobre padre duro allí estaba, en el eje de la vida, la viril amistad, la cosecha. Su vida fue una rápida milicia y entre su madrugar y sus caminos, entre llegar para salir contento, un día con más lluvia que otros días el conductor José del Carmen Reyes subió al tren de la muerte y hasta ahora no ha vuelto.

FECHA DE PUBLICACIÓN

1988

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Infancia y poesía [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile